

El complot

alfonso doncel

No somos como creemos ser. La realidad pasa como un rodillo sobre nuestras vidas, sin que podamos evitarlo. La dirección del tiempo es inexorable, pero aún quedan escondites...

Desperté con la luz que se filtraba a través de la persiana de mi habitación, dibujando líneas de puntos en la pared. Debía ser temprano y disfrutaba pensando que era sábado, día sin cole: el primero tras el día de Reyes. Podría estrenar mis nuevas botas de fútbol, para envidia de mis compañeros. Hoy sería el mejor día del año, incluso de mi vida, podría decir.

Remoloneé largo rato, disfrutando del abrigo de la cama en invierno, soñando con los goles que metería con mis botas nuevas y con la cara de asombro de mis amigos. Pensé en llevar también mi nuevo balón de cuero, pero mejor para otro sábado: poco a poco.

Me levanté lentamente, disfrutando de cada gesto. La mesilla estaba revuelta: el agua del vaso se había vertido sobre el tapete de tela y en el suelo había pastillas. Seguramente, las de la noche anterior, aunque parecía haber de dos o tres días. Si mi madre se entera, la tenemos.

Abrí la puerta de mi dormitorio para ir al baño, casi a oscuras, al fondo del pasillo, me estaba meando vivo. Así que, en penumbra, levanté la tapa del wáter y comencé a orinar, respirando hondo, sintiendo alivio. Con un poco de papel protegí un súbito estornudo que, habitualmente y de forma refleja, me surge al orinar. Dejé caer el papel en la taza y accioné la cisterna.

Me giré para salir del baño y encontré un reflejo extraño en el espejo, como si allí hubiera alguien más. Encendí la luz, para asegurarme de que no era así. Al encenderla, me encontré con una imagen que me dejó estupefacto.

Un señor bastante mayor, con pelo canoso, la cara llena de arrugas y con bolsas en los ojos, hacía los mismos movimientos que yo. Me llevé la mano a la cara y comprobé que la que tocaba era la mía: una barba blanquecina, desarreglada, áspera. Un anciano feo y con muy mal aspecto. Me di la vuelta, cerré, abrí y cerré los ojos repetidamente y me enfrenté de nuevo a esa imagen. Algo estaba pasando, algo me estaba ocurriendo.

Mis movimientos se reproducían con exactitud frente al espejo. Tenía barriga y vello canoso en el pecho.

Salí del baño conmocionado y recorrí el pasillo lentamente hasta la cocina en busca de mi madre. Al llegar todo estaba cambiado, como desordenado y sin recoger, platos sucios por todos sitios, enseres apilados. No la encontraba. Abrí la puerta de su dormitorio. Estaba vacía, con la marca del cabecero en la pared, como si se lo hubieran llevado. Ni rastro de mis dos hermanos pequeños: su habitación, también totalmente vacía.

Se debe tratar de un complot, de un robo, de algo muy extraño. No sé qué hacer. Me muevo de un lado a otro sin saber cómo actuar. Me siento en el sofá para pensar, pero estoy inquieto, así que decido volver a mi cuarto. No quiero levantar la persiana por miedo a encontrar algo peor. Así que me vuelvo a meter en la cama bien arropado, como si lo que había visto formara parte de una pesadilla o un complot contra mí. No entiendo por qué. ¿Que había hecho yo?

Me tomo las pastillas que, posiblemente, olvidé la noche anterior: dos rojas, dos azules y una pequeñita. A ver si me logro dormir y, cuando despierte, este infierno ha desaparecido. Menudo susto.